



El arte de vivir rectamente: sabiduría, vigilancia y esperanza pascual

La sabiduría, en el horizonte bíblico, no es mera acumulación de conocimientos ni destreza intelectual. Es una virtud profundamente espiritual que brota del encuentro con Dios, del temor reverente que reconoce su grandeza y se deja guiar por su luz. San Agustín, en su *De doctrina christiana*, distingue entre *sapientia* y *scientia*: la primera, contemplativa, orientada a las cosas eternas; la segunda, práctica, dirigida a lo temporal. Ambas, sin embargo, deben estar al servicio del amor, que es la plenitud de la ley divina.

Sabiduría y vigilancia: una misma espera

Esta “*sabiduría divina*” nos mueve a rumiar en el corazón las palabras de Jesús en el Evangelio: “*Vosotros estad como los hombres que aguardan a que su señor vuelva de la boda, para abrirle apenas venga y llame...*” (Lc 12,36.40)

Aquí, la sabiduría se convierte en vigilancia amorosa. El Señor nos invita a vivir con lámparas encendidas, aguardando el regreso del Esposo, que es Cristo. Vivir de este modo implica una actitud espiritual de vigilancia activa, fe perseverante y amor expectante. Es una vida iluminada por la presencia de Cristo, lista para recibirlo en cualquier momento.

La vela bautismal, encendida a partir del cirio pascual —símbolo del Resucitado— y entregada por padres y padrinos al recién bautizado, no es un gesto decorativo. Indica que quien ha recibido este sacra-

mento ha recibido la luz de Cristo y está llamado a caminar como hijo de la luz. No debe dejar que la llama de la vida cristiana se apague, sino alimentarla con oración, sacramentos y obras de amor. Así podrá aguardar, con corazón encendido, a que “*su señor vuelva de la boda, para abrirle apenas venga y llame*”.



La boda: plenitud del Reino

La boda representa la plenitud del Reino, y su venida será el cumplimiento de las promesas que se nos han hecho. Por eso, la sabiduría divina nos invita a una espera gozosa y activa, propia de todos los bautizados.

Es la misma experiencia que vivió el pueblo de Israel, tal como se narra en la primera lectura: “*La noche de la liberación les fue preanunciada a nuestros antepasados...*” (Sab 18,6)

En el corazón de la historia sagrada hay una noche que lo transforma todo. No es una noche común: es la noche de la liberación, del paso del Señor, del cumplimiento de todo lo que ha dicho. Fue conocida de antemano, anunciada con amor, para que los creyentes se prepararan con fe y confianza.

Esperar con certeza

No se trata de esperar a ciegas, sino con certeza. Esa seguridad de saber en qué promesas se ha creído da ánimo al corazón fatigado. En medio del silencio y la oscuridad —que tantas veces es el diario vivir— los fieles mantienen viva la llama de la fe. Es

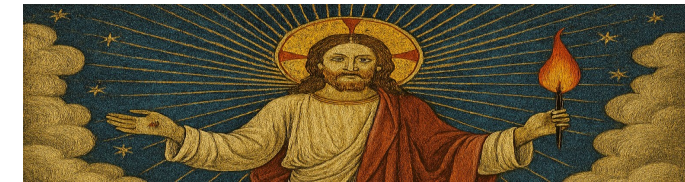
el culto íntimo que no se apaga, incluso cuando todo alrededor parece perder sentido. Así es la fe que se vive en familia, en la soledad, en las pequeñas decisiones cotidianas.

La fe no se vive en solitario: es comunión. Como el pueblo que cruzó el mar Rojo unido, así también nosotros, desde la noche pascual, somos llamados a vivir en comunión: compartiendo no solo alegrías, sino también pruebas. Ser Iglesia, cuerpo del Resucitado, en la luz y en la sombra.

Memoria que se hace canto

“*Después de haber cantado las alabanzas...*” (Sab 18,9) El salmo responsorial invita: “*Aclamad, justos, al Señor*”. Cantar no es solo arte: es memoria agradecida. Es reconocer que Dios ha sido fiel, que ha caminado con nosotros, que ha cumplido sus promesas. Cantar las alabanzas es mantener viva la historia de la salvación llamada a ser plenitud de gozo.

Conclusión: vivir con lámparas encendidas



- I. **Vigilar** no es vivir con temor, sino con esperanza activa.
- II. **Estar preparados** implica vivir cada día como si fuera el último, no por miedo, sino por amor al Señor que viene.
- III. **La venida del Hijo del hombre** no es solo un evento futuro, sino una realidad que se manifiesta en cada encuentro con Cristo: en los sacramentos, en el prójimo, en la conciencia.



Un salmo para rumiar

Sal 32, 1 y 12. 18–19. 20 y 22

**Aclamad, justos, al Señor,
que merece la alabanza de los buenos.
Dichosa la nación cuyo Dios es el Señor,
el pueblo que él se escogió como heredad.
Los ojos del Señor están puestos en quien lo teme,
en los que esperan en su misericordia,
para librar sus vidas de la muerte
y reanimarlos en tiempo de hambre.
Nosotros aguardamos al Señor:
él es nuestro auxilio y escudo;
que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti.**

El Salmo 33 se atribuye tradicionalmente a David y se sitúa en el contexto de la adoración del antiguo Israel, probablemente como parte de ceremonias del Templo de Jerusalén. Este himno era entonado como expresión de confianza plena en la providencia divina, especialmente en tiempos de tribulación. Se trataba de un canto comunitario que fortalecía la identidad y la fe del pueblo elegido.

El salmo posee una estructura alfabética, típica de la poesía hebrea, que exaltan tanto la grandeza de la creación como la fidelidad inquebrantable de Dios. En él, los protagonistas espirituales son los *anawim*, es decir, los “pobres” de espíritu, quienes reciben con especial ternura la misericordia divina.

Versículo 1:

“Aclamad, justos, al Señor.”

San Agustín enseña que la alabanza es el lenguaje natural del alma justa, que reconoce su dependencia radical de Dios.

Versículo 12:

“Dichosa la nación cuyo Dios es el Señor.”

San Jerónimo interpreta esta proclamación como una prefiguración de la Iglesia, nuevo pueblo de Dios, elegido por gracia. Este versículo refuerza así la noción teológica de pertenencia y elección divina que atraviesa el Antiguo Testamento.

Versículos 18–19:

“Los ojos del Señor están puestos en sus fieles.”

San Juan Crisóstomo contempla esta vigilancia como una manifestación del amor paternal de Dios.

Versículo 20:

“Para librar sus vidas de la muerte.”

Este versículo conecta con la pasión redentora de Cristo, revelando cómo el salmo anticipa el misterio del sufrimiento divino transformado en salvación.

Versículo 22:

“Que tu misericordia venga sobre nosotros.”

San Ireneo lo contempla como una promesa escatológica que apunta a la redención definitiva de los que, con corazón humilde, se refugian en la misericordia de Dios.



Aplicación espiritual

El salmo nos invita a vivir una fe activa y confiada, reconociendo que la verdadera seguridad no reside en las fuerzas humanas, sino en la providencia divina.

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis

Unos textos para guardar en la memoria del coraz



Sabiduría 18, 6–9

Tu pueblo esperaba la salvación... y establecieron unánimes esta ley divina: que los fieles compartirían los mismos bienes y peligros, después de haber cantado las alabanzas de los antepasados.